

habian parado por haberse armado una disputa entre los conductores y los postillones, que no querian pasar de allí. Entónces me dirigí á mi amigo, y le dije: «Guillermo, ¿eres buen patriota?» «¿Puedes dudarle?»—me respondió éste. «Pues bien, el rey está aquí y es preciso detenerle.» Entónces atravesamos en el puente una carreta que allí habia cargada de muebles, y buscamos otros ocho compañeros de confianza, nos escondimos detras de aquella especie de parapeto, y al llegar los coches salimos de repente, intimando á los viajeros que nos enseñasen los pasaportes. «Vamos muy de prisa, señores»,—dijo la reina. Nosotros insistimos todavía más, y haciendo apeaar á los viajeros, los condujimos á casa del síndico procurador. Entónces Luis XVI nos dijo espontáneamente: «Yo soy vuestro rey, y esta señora y estos niños son mi esposa y mis hijos: tratadnos con todas las consideraciones que los franceses han guardado siempre á sus soberanos». Al oír esto, acudieron los guardias nacionales, los húsares se pasaron á nuestro partido, y nosotros, despues de haber cumplido con nuestro deber, nos retiramos á nuestras casas en medio de los aplausos y felicitaciones de nuestros conciudadanos. Hoy comparecemos ante la Asamblea nacional á ofrecerle nuestros servicios». Largos y repetidos aplausos siguieron á este no muy elocuente discurso.

La Asamblea decretó que, en cuanto llegase Luis XVI á las Tullerías, se estableciese una guardia bajo las inmediatas órdenes de Mr. de Lafayette, que respondiese de la persona del rey. Malouet fué el único que protestó contra esta detencion forzosa, que atacaba á la vez la inviolabilidad del rey y la Constitucion, supuesto que el poder legislativo y el ejecutivo no son más que uno mismo. Alejandro Lameth rebatió la proposicion de Malouet, y declaró que la Asamblea se habia visto obligada á tomar, y debia conservar hasta que se terminase la Constitucion, una dictadura adquirida en fuerza de los acontecimientos; pero que, siendo la monarquía una forma necesaria á la centralizacion de las fuerzas de un pueblo tan grande, la Asamblea, despues que estuviese bien marcada la division de ambos poderes, volveria á aceptar las condiciones de la monarquía.

XXVII

En este momento entraba en Paris Luis XVI. Eran las siete y media de la tarde del 25 de Junio. Desde Meaux hasta los arrabales, el gentío se habia ido aumentando progresivamente con todos los habitantes de las inmediaciones de Paris, en cuyos rostros estaban pintadas las diferentes pasiones de que sus corazones estaban poseidos. Sin embargo, no se oía un insulto, y si alguno se proferia, era á media voz. Un millon de miradas pronunciaban sentencia de muerte contra los que iban en los coches, pero nadie despegaba los labios. Esta sangre fria no escapó á la penetracion del rey.

El dia era muy caluroso, y un sol ardiente reverberado por las bayonetas abrasaba aquella berlina en que iban amontonadas ocho personas. La nube de polvo que levantaba medio millon de espectadores era lo único que ocultaba de cuándo en cuándo la humillacion del rey y de la reina, que se sofocaban en aquel estrecho recinto. Por la frente de los niños corria un copioso sudor, y casi les faltaba ya la respiracion. Alarmada la reina al ver el estado de sus hijos, bajó precipitadamente uno de los vidrios, y tratando de enternecer á la multitud, le dirigió

la palabra diciendo: «¡Ved, señores, en qué estado tan lamentable están mis pobres niños! ¡Nos ahogamos aquí dentro!» «Ya te ahogaremos de otro modo»,—le respondieron á media voz aquellos hombres feroces.

De cuándo en cuándo forzaba la multitud la doble fila de soldados que habia en todo el tránsito, y alguno de aquellos hombres implacables se subia á los estribos del coche para contemplar en silencio y gozarse en el martirio que sufrían todas las personas reales. Las cargas de la gendarmería restablecian el orden momentáneamente, y la comitiva seguia su curso en medio del ruido de las armas y de los gritos de los que eran arrojados al suelo por los caballos. Lafayette, que temia que se cometiese un gran atentado en las calles de Paris, previno al general Dumas, que mandaba la escolta, que no atravesase la ciudad, y mandó formar las tropas á tres de fondo desde la barrera de la Estrella hasta las Tullerías. La guardia nacional y los suizos estaban tambien formados en batalla, pero no bajaban sus banderas para saludar á su amo. Ningun honor militar se hizo al jefe supremo del ejército.

XXVIII

Los coches entraron en el jardin de las Tullerías por el puente levadizo. Lafayette habia salido á caballo con su estado mayor á recibirlos, é iba delante de todos. Una inmensa turba habia invadido el jardin y obstruia las puertas de palacio; de suerte que la escolta apenas podia abrirse paso. A todo el mundo se le obligaba á estar cubierto, y únicamente Mr. de Guillermy, miembro de la Asamblea, se quitó el sombrero y se mantuvo con él en la mano, á pesar de los insultos que de todas partes le dirigian. Viendo que el pueblo iba á emplear la fuerza para obligarle á imitar el insulto general, arrojó el sombrero lo más léjos que pudo, de modo que hizo imposible que se le volviesen á traer. Entónces la reina vió á Mr. de Lafayette, y temiendo que asesinasen á los fieles guardias de corps que iban en los pescantes, le llamó á gritos, diciéndole: «¡Señor de Lafayette, salvad á los guardias de corps!»

La familia real bajó de la berlina al pié del terraplen, en donde Barnave y Petion se la entregaron á Mr. de Lafayette. Los guardias nacionales cogieron en brazos á los niños, y el vizconde de Noailles, miembro del lado izquierdo de la Asamblea, corrió á ofrecer el brazo á la reina. Indignada ésta, le rechazó, dirigiéndole una mirada en que se manifestaba su resentimiento, y dió el brazo á un diputado del lado derecho que se hallaba allí. Tanto abatimiento no habia sido suficiente á dominar su orgullo, y toda la dignidad del imperio se hallaba reconcentrada en el corazon de una mujer.

Los gritos prolongados de la multitud á la entrada del rey en las Tullerías anunciaron á la Asamblea el triunfo que habia obtenido, y la sesion se interrumpió por espacio de media hora. Al poco rato entró precipitadamente un diputado en el salon, diciendo que los tres guardias de corps estaban en poder del pueblo, que queria despedazarlos. Al momento salieron veinte diputados para salvar á aquellos leales, y muy pronto volvieron á entrar, porque los sediciosos se habian contenido en cuanto los vieron. Estos diputados contaron, al volver, que habian visto á Petion cubriendo con su cuerpo la portezuela de la berlina del rey. Al poco

rato llegó Barnave, y subió á la tribuna cubierto aún del polvo del camino. «Hemos desempeñado nuestra comision — dijo — por el honor de la Francia y de la Asamblea. Hemos mantenido la tranquilidad pública y salvado la persona del rey. Este nos ha dicho que jamás habia sido su intencion pasar las fronteras del reino. (Murmillos.) Hemos marchado rápidamente hasta llegar á Meaux, para evitar que las tropas de Mr. de Bouillé viniesen en nuestro seguimiento, y tanto el ejército como los guardias nacionales, todos han cumplido con su deber. El rey se halla en las Tullerías.» Petion, por adular á la opinion pública, dijo que era cierto que al bajar el rey del coche habia querido el pueblo apoderarse de los guardias de corps, y que á él mismo le habian agarrado del cuello de la casaca para arrancarle de la portezuela del coche; pero que este movimiento popular era legal en cuanto á la intencion, porque lo único que queria el pueblo era asegurarse del cumplimiento de la ley, que disponia el arresto de todos los cómplices. En seguida se mandó proceder á la averiguacion del hecho de la fuga del rey por el tribunal del distrito de las Tullerías, y que tres comisionados de la Asamblea pasasen allí á recibir las declaraciones al rey y á la reina. «¿Qué significa esa excepcion obsequiosa? — exclamó Robespierre. — ¿Temeis degradar al trono entregando al rey y á la reina á los tribunales ordinarios? Todo ciudadano, por elevada que sea su categoría, jamás queda degradado por sujetarse á lo que la ley prescribe.» Buzot apoyó esta opinion, Dupont la combatió; pero el respeto pudo más que el ultraje en aquella ocasion, y los comisionados que se nombraron para instruir el sumario fueron Tronchet, D'André y Dupont.

XXIX

En cuanto el rey se vió solo en su cuarto, conoció toda la extension de su desgracia. Lafayette se le presentó entónces, ocultando bajo las formas exteriores de enternecimiento y de respeto el mando que realmente ejercia sobre su soberano. «V. M. — le dijo — conoce mi adhesion á su persona; pero ya he dicho en otros tiempos que si V. M. separaba su causa de la del pueblo, yo estaria siempre de parte de éste.» «Es cierto, — le respondió el rey; — veo que sois constante en vuestros principios, y os diré francamente que hasta hace unos dias habia creido que eran muy pocos los que pensaban como vos. Ahora me he desengañado de que vuestra opinion es la opinion general.» «¿Tiene V. M. algunas órdenes que comunicarme?» «Me parece — contestó el rey sonriéndose — que más bien estoy yo á vuestras órdenes, que vos á las mias.»

La reina no pudo contenerse más, y quiso obligar á Mr. de Lafayette á tomar las llaves de las maletas que habian quedado en el coche. El general se resistió, y la reina se las echó dentro del sombrero. «V. M. se tomará la molestia de volverlas á recoger, porque yo no he de tocarlas», — dijo Lafayette. «Pues bien, — repuso la reina, incomodada y volviéndolas á tomar, — yo hallaré personas ménos delicadas que vos.» El rey se entró en su gabinete, escribió algunas cartas y se las entregó á un criado que fué á presentárselas á Lafayette. El general se manifestó resentido de que se le atribuyese una inspeccion tan odiosa en los actos particulares del rey, porque queria que aquel cautiverio conservase en lo exterior todas las apariencias de libertad.

El servicio de palacio se hacia como de costumbre, pero Lafayette era el que daba el santo, sin recibirlo ántes de S. M. Las verjas de los patios y de los jardines estaban siempre cerradas, y la familia real presentaba diariamente á Lafayette la lista de las personas que queria recibir. En todas las salas, así como en los pasillos que habia que atravesar para ir desde el cuarto del rey al de la reina, habia centinelas, y las puertas de ambas habitaciones debian estar siempre abiertas, sin que ni el mismo lecho de la reina estuviese libre de la inspeccion de aquellos hombres, que no respetaban ni áun el pudor de una mujer. Gestos, miradas y palabras, todo era espiado, de todo se daba parte, y no tenian libertad ni áun para hablar. Un oficial estaba de guardia por espacio de veinticuatro horas en el fondo de un corre-



La turba popular pasea sus cabezas por todo París.—Pág. 100.

dor que daba al cuarto de la reina, iluminado con sólo un farol, cual si fuese un calabozo. Este puesto, temido por todos los oficiales de servicio, era solicitado, sin embargo, por algunos de ellos que, bajo las apariencias de un gran celo patriótico, procuraban entrar en él para poder ser útiles á sus soberanos. Saint-Prix, famoso actor del Teatro Frances, lo ocupaba muy á menudo, y de este modo podia favorecer ciertas entrevistas rápidas entre el rey y su familia.

Por la noche, una de las damas de la reina se acostaba en un catre delante del de su ama, para ocultarla con su cuerpo á las miradas de los centinelas. Una noche, el comandante del batallon que estaba de vigilante entre las dos puertas, viendo que la dama dormia y que la reina estaba despierta, se atrevió á acercarse al lecho de su soberana para darle en voz baja algunos consejos saludables y hacerle ciertas advertencias sobre su situacion. La dama se despertó asustada al ver un hombre al lado de la cama de la reina, y ya iba á gritar, cuando María Antonieta le impuso silencio, diciéndole: «Tranquilizaos; este hombre es un buen frances, engañado con respecto á las intenciones del rey y las mias, pero cuyas

palabras anuncian una sincera adhesion á sus señores». De estos medios se servia la Providencia para dar algun consuelo á las víctimas.

El rey, tan resignado é impasible hasta entónces, se abatió un momento, no pudiendo soportar tanta humillacion, y reconcentrado en sí mismo, estuvo diez dias sin hablar una palabra con su familia. Parecia que la última lucha que habia sostenido con su desgracia habia agotado sus fuerzas, y que, sintiéndose vencido, deseaba morir cuanto ántes. La reina consiguió romper aquel obstinado silencio echándose á sus piés y presentándole á sus hijos. «Guardemos — le dijo — todas nuestras fuerzas para luchar obstinadamente contra la suerte, y áun cuando nuestra pérdida fuese inevitable, aún queda á nuestro arbitrio elegir la actitud en que debemos perecer. Muramos como reyes, y no esperemos sin oponer resistencia á que vengan á ahogarnos en nuestros mismos cuartos.» La reina tenia un corazon de héroe, y Luis XVI el alma de un sabio; pero les faltaba á los dos el genio que combina la sabiduría con el valor. La reina sabía combatir, y el rey sabía someterse: ninguno de los dos sabía reinar.

XXX

Tales fueron los resultados de esta famosa evasion, que á haber salido bien, hubiese cambiado todas las fases de la revolucion. En lugar de tener ésta en un rey prisionero en su palacio un instrumento y una víctima, hubiese tenido un enemigo ó un regulador, y lo que fué anarquía hubiese sido guerra civil. En vez de mancharse con asesinatos, hubiese obtenido victorias, y caso de haber triunfado, hubiera sido noblemente y con las armas, pero nunca vertiendo la sangre á torrentes en la guillotina.

Jamás ha dependido la suerte de los hombres y de las ideas de una casualidad como entónces, y áun esta casualidad no lo era, si bien se repara. Drouet fué el instrumento de la pérdida del rey, y aquel hombre oscuro, hijo de un maestro de postas, que por no saber qué hacer estaba de pié á la puerta de su casa, fué el que decidió la suerte de una respetable monarquía. Sin aconsejarse con nadie, se dirigió á Varennes, diciendo entre sí: «Yo prenderé al rey». Pero Drouet no hubiese tenido tanta decision á no hallarse personificadas en él en aquel momento, si nos es lícito decirlo así, toda la agitacion y todas las sospechas de un pueblo. Un fanatismo patriótico le impele con irresistible fuerza hácia Varennes y le hace sacrificar á una familia entera de desgraciados fugitivos, creyendo esta accion heroica, y que con ella salvará la nacion. De nadie habia recibido inspiraciones; así cargó él sólo con toda la responsabilidad de aquel acto y de su inmediata consecuencia, que fué la muerte del rey. La adhesion de aquel jóven á su país fué cruel. El silencio y la compasion no hubiesen atraído tantas calamidades sobre la Francia.

En cuanto al rey, cometió al ménos una falta en fugarse, porque, ó era demasiado pronto para hacerlo, ó demasiado tarde. Era pronto, porque la Asamblea nacional no habia concluido aún la Constitucion, el gobierno no estaba aún tan desacreditado que su impotencia fuese palpable, ni las vidas del rey y de su familia se hallaban tan comprometidas que tuviese que tratar el rey de atender á su seguridad como hombre, prescindiendo de sus deberes como monarca. Era tarde, porque el rey habia sancionado ya demasiado la revolucion para volverla brusca-

mente las espaldas, y porque al dar este paso, parecia hacerle traicion y desmentirse á sí mismo. Si Luis XVI hubiese salido bien en su intentona, hubiese tenido que valerse de tropas extranjeras; una vez frustrada, no le quedaba otra alternativa que la de morir peleando en defensa de su persona y familia, ó volver preso á su mismo palacio. Esta evasion era funesta para él, mírese del modo que se quiera, porque, ó era el camino del oprobio, ó el del cadalso. No hay más que un medio para desprenderse del trono cuando no se quiere morir en él: este medio es la abdicacion. El rey debió abdicar al volver de Varennes, y la revolucion hubiese adoptado á su hijo y le hubiese criado á su imágen. El rey no abdicó, y con esto sólo consintió en recibir el perdon de su pueblo. Juró cumplir una Constitucion de que habia huido, y desde aquel momento fué un rey amnistiado. La Europa no vió en él sino un desertor de su puesto conducido á él de nuevo por la fuerza, el pueblo un traidor, y la revolucion un juguete.